

EDITORIAL

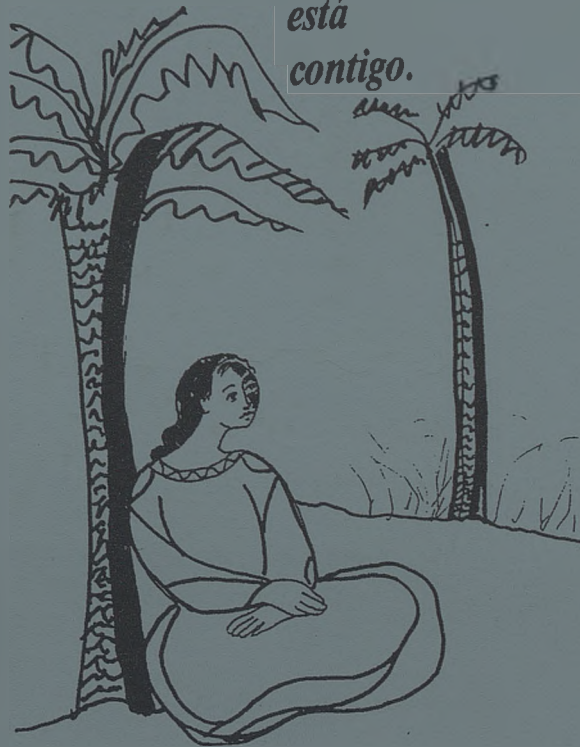
Os voy a contar un retazo de historia "casi" sagrada, no recogida por ello en las Santas Escrituras.

Aquella mañana estaba Dios más contento que unas Pascuas. Ni El mismo, que todo lo sabe antes que suceda, se lo podía creer: había concebido en su corazón un proyecto si no totalmente nuevo, sí absolutamente irrepetible. Y se puso manos a la obra. Con todo el amor del que era capaz, con cuidado infinito, fue modelando a su imagen -por segunda vez- la criatura más hermosa, "sin mancha ni arruga". Con agua cristalina y barro fi-

nísimo, con el calor de su aliento divino que todo lo purifica y lo sostiene fue dando forma y vida a la que había de ser Madre de su Hijo y Reina de todo lo creado. Un instante después, al contemplar complacido la hechura de sus manos, recordó el proyecto primero con una pizca de tristeza. El había querido que fueran dos las criaturas inmaculadas; dos, como las niñas de sus ojos y desde siempre había pronunciado en secreto sus nombres: Eva, María. Pero no fue así. Ambas crecieron libres y conscientes de la gracia derramada sobre ellas, pero Eva se empeñó en conservarla a toda costa y María en derramarla sin medida.

Se encerró la primera en una urna de cristal, al lado del Paraíso, rodeándose de sirvientes pulcramente vestidos, que complacían sus caprichos a distancia. La segunda sale a la calle cada día y da gracias a Dios -nadie lo nota en apariencia- porque ha sido agraciada más que todas las mujeres de la tierra.

Alégrate,
llena de
gracia.
El Señor
está
contigo.



Buscó Eva ungüentos y perfumes, pasó horas comprando la complicidad del espejo, pagó para que cantaran su belleza salmistas y trovadores. Y María, limpia como los chorros del oro, se desvive para que otros recuperen la sonrisa y la dignidad, cantando con ellos la grandeza de Dios.

Recibía con agrado nuestra madre Eva flores y regalos de sus muchos admiradores, mientras nuestra Madre María lucha para que todo el mundo sea digno de admiración: se alegra ante un flor de vivos colores y prefiere no cortarlas para que otros gocen de su hermosura.

Eva no quería recibir a nadie si no estaba totalmente arreglada, no fueran a descubrir en su rostro las primeras arrugas o el vacío que por momentos se adueñaba de su corazón. María anda como siempre, en traje de facna; se acerca a todos y en cada uno -y eso que en algunos es un verdadero milagro- sabe descubrir la belleza escondida que Dios ha puesto en ellos.

Poco a poco, pese a todos los esfuerzos y cuidados, Eva se fue convirtiendo en una ruina viviente y su belleza marchita la iba transformando en grotesca caricatura de sí misma. María no ha perdido el vigor y la lozanía de su juventud: su casa está siempre llena de gente agradecida: viejos y niños, hombres y mujeres y hasta el mismo Dios, cantan a coro y alaban a Aquella que dejando rastro de su hermosura y de su gracia por doquier conserva intacta la figura que con tanto amor Dios modeló una mañana que estaba especialmente inspirado, aunque una pizca de tristeza inundaba su corazón.